



Un estado de la lectura

Presentación

Nicolás Garayalde*

La tarde del miércoles 9 de diciembre de 1964, la revista *Clarté*, de la Unión de Estudiantes Comunistas, organizó en París un concurrido debate en el que participaron escritores de la talla de Jean-Paul Sartre y Jean Ricardou con la consigna de responder una difícil pregunta: ¿qué puede la literatura? Se reemplazaba así la pregunta ontológica ¿Qué es la literatura? –que desde los formalistas había aquejado al emergente campo disciplinar y había dado título a un libro de Sartre– por un interrogante interesado en los efectos. Por su lugar de enunciación, este gesto podría entenderse como un intento de desplazar las pasiones inmanentes de una para entonces exitosa *nouvelle critique*, con el fin de devolverle a la crítica ideológica marxista el terreno perdido. Pero basta leer la intervención de Ricardou para advertir que la pregunta por el ser de la literatura no se abandona –todo lo contrario, se la pone en primer lugar–, ni tampoco se renuncia a la preocupación formal: se diría, más bien, que se indaga el ser y la potencia de la literatura no en su capacidad de denuncia acerca de algo que ocurre más allá de ella, sino en su modo de interrogar el lenguaje. Para Ricardou, en otras palabras, la literatura es escritura, es decir, “la literatura es aquello que cuestiona al mundo sometiéndolo a la prueba del lenguaje” (1965, p. 58).

* CONICET | Universidad Nacional de Córdoba / negarayalde@gmail.com

En julio de 1971, el célebre coloquio anual de Cérisy consagrará el encuentro a un tema que desde hacía una década tomaba protagonismo en el campo de los estudios literarios: el problema de la lectura. Ricardou estará a cargo de la intervención inaugural, con una ponencia titulada “Las lecciones de lo escrito”, donde la lectura será definida como “una fase constitutiva del proceso de escritura” (1982, p. 9). Como quince años antes, literatura y escritura servirán como términos equivalentes, pero ahora la incorporación del polo receptivo –bajo la influencia fenomenológica– supondrá entender la potencia interrogativa de lo literario bajo la dimensión del acto de leer, mediante el cual la obra es concretizada. Para quien está interesado en la teoría de la lectura, el coloquio de Cérisy de 1971 es un momento emblemático, y da cuenta de los rasgos fundamentales de la teoría literaria de la época. Durante once días, del 21 al 31 de julio, las distintas intervenciones pondrán en evidencia la preeminencia de perspectivas fenomenológicas y estructuralistas de la recepción –con la notable participación de miembros de la Escuela de Ginebra, como Jean Rousset, y de la Escuela de Constanza, como Hans-Robert Jauss. Es decir, perspectivas donde la inmanencia tiene aún un notable protagonismo y donde el lector es invocado a título hermenéutico o semiológico como aquél capaz de concretizar los poderes plurales del texto.

En junio de 1984, el Centre de Recherches sur la Lecture Littéraire (creado por Michel Picard en 1976 en la Universidad de Reims) organiza un primer coloquio internacional sobre la lectura que contará con la presencia de importantes nombres como Jacques Leenhardt, Anne Clancier, Didier Anzieu y el propio Picard: “es tiempo –dirá este último en la presentación de las actas publicadas– de abordar de frente la cuestión de la lectura literaria” (1987, p. 9). La afirmación podría sorprender, habida cuenta del despliegue que las teorías de la recepción habían tenido ya desde al menos dos décadas atrás. En efecto, el 13 de abril de 1967, en la célebre lección inaugural de la Universidad de Constanza, Hans-Robert Jauss reclamaba ya prestar atención al polo receptivo de la obra de arte, y el pedido había sido abundantemente escuchado. Sin embargo, la demanda de Picard tiene otras implicancias. Por un lado, supone un interés por la lectura estrictamente *literaria*, exhibiendo nuevamente la preocupación por una experiencia particular ligada al ser de la literatura –frente a otros discursos pretendidamente no literarios–. Por otro, se diría que Picard estaba reclamando algo más, expresado en la locución adverbial “de

frente”, como si hasta entonces la lectura sólo hubiese sido abordada indirecta u oblicuamente. Ciertamente, las teorías de la recepción asentadas en perspectivas semiológicas, estructuralistas o hermenéuticas parecían todavía demasiado apegadas a la inmanencia de la obra, buscado la figura del lector del lado de las estrategias textuales antes que de la experiencia de lectura. Abordar *de frente* significaba, pues, considerar una serie de interrogantes que exigían un trabajo interdisciplinario, no reacio a acudir a conceptos provenientes de la sociología, la antropología, la psicología o el psicoanálisis, para dar un lugar prominente al sujeto de la lectura en sus aspectos intelectuales, sociales, culturales, corporales y afectivos:

¿Cuándo y cómo se constituye ese espacio (transicional) de lectura? ¿En qué circunstancias mínimas socioculturales? ¿Cómo se establece la *aptitud* de leer, el deseo y el placer de leer? ¿Cómo se conjuga la ideología, la fantasmática individual, la reflexividad? [...] Una auténtica interdisciplinariedad ha dislocado alegremente los compartimientos habituales (Picard, 1987, pp. 11-12).

El espíritu de este abordaje frontal se profundizará algunos años después, cuando Picard organice, en mayo de 1992, un nuevo coloquio en Reims, bajo el título *¿Cómo actúa la literatura?*, en el que participarán figuras de notable importancia del campo disciplinar, como Jean Bellemín-Noël, Philippe Hamon, Norman Holland o Michaël Riffaterre. En la introducción a las actas de este encuentro, Picard no sólo subrayará el carácter performativo de la lectura –es decir, de la literatura como actividad y no como objetividad; de la obra como efecto de una transacción– sino que insistirá en la necesidad de un abordaje interdisciplinario que dé cuenta de las dimensiones “sociohistóricas” y “psicológicas” del arte, y procure dilucidar las interdeterminaciones entre texto y lector: “El texto determina la lectura; pero también lo hace el individuo lector. [...] Se descubre así la insuficiencia de nociones en su tiempo heurísticas, como el *horizonte de expectativas*, el *lector modelo* de Eco, el *narratorio* de Prince, el *lector implícito* de Iser.” (1994, p. 11).

En mayo de 2018, el Centre de Recherches sur la Lecture Littéraire de la Universidad de Reims organizará un nuevo coloquio, esta vez bajo la dirección de Alain Trouvé, pero impregnado aún del espíritu interdisciplinar y multifacético que había atravesado las dos ediciones previas, y

que se percibe ya desde el título del evento: La lectura literaria en todos sus estados. En el prefacio de las actas, Trouvé afirma una vez más el carácter de actividad de la lectura que proponían las concepciones de Picard, en ligera distancia con el textualismo de Constanza: “Al definir la lectura literaria como *juego*, en el sentido aplicado por Winnicott al arte en general, Picard pone el acento en la dimensión *sintética* y *activa* de la relación estética, mejor de lo que lo hacía la noción de *recepción*, de connotaciones pasivas” (Trouvé, 2019, p. 7).

1964, 1971, 1984, 1992, 2018: la construcción de una serie a partir de estos encuentros en torno a la lectura y los poderes de la literatura procura dar cuenta aquí, con cierta brevedad, no sólo de la emergencia de una problemática que tomará un protagonismo ineludible en la teoría literaria, sino también de la forma que adquirió y la transformación que experimentó a lo largo de medio siglo.

En efecto, la irrupción de la teoría de la lectura en los años 60 no supuso la mera aparición de un nuevo abordaje teórico-metodológico para interpretar la literatura; antes bien, implicó una renovación epistemológica que venía a sacudir el estatuto ontológico del objeto e impugnar los fundamentos sobre los que se asentaba la disciplina desde las pretensiones científicas del formalismo.

El devenir de esta irrupción de la teoría de la lectura fue heterogéneo y habitado por tensiones y contradicciones. No obstante, la serie de encuentros académicos que acabo de enumerar indica algunos aspectos transversales. En primer lugar, la comprensión de que la lectura debía abordarse interdisciplinariamente; en segundo lugar, el paulatino distanciamiento de las tradiciones hermenéuticas y estructuralistas que parecían resistirse al abandono de la inmanencia, temerosas del relativismo al que podría llevar la implicancia del sujeto de la lectura; en tercer lugar, el pasaje de una concepción pasiva a otra activa de la lectura, y por tanto la renovación ontológica de un fenómeno que pasaba de ser cosa a acontecimiento, pues el texto literario ya no podía ser entendido como causa de la lectura, sino como un efecto de naturaleza transactiva; finalmente, la idea de que una renovación en la manera de entender la experiencia literaria suponía repensar las prácticas de la crítica y la enseñanza de la literatura.

No es casual, por eso, que las propuestas que comenzaron a desfilar desde finales de la década de los 70 en adelante se hayan preocupado esencialmente por una suerte de zona intermedia en el que se produciría el

encuentro y desencuentro entre la materialidad textual y la experiencia lectora.

En la serie de encuentros académicos que fueron configurando este escenario de transformación disciplinar focalizado en la lectura, habría que incluir el II Coloquio Internacional sobre la lectura literaria en sus diferentes facetas, que tuvo lugar en la Universidad Nacional de Córdoba durante septiembre de 2022 –organizado junto con la Universidad de Reims– y a partir del cual se produjeron los artículos que se reúnen en el presente libro.

En este sentido, los ensayos que el lector o la lectora encontrará a continuación expresan de una manera privilegiada el panorama de la reflexión actual sobre la lectura en el marco de una tradición de encuentros académicos que funcionan como puntos sintomáticos de una historia disciplinar marcada por la irrupción paradigmática del giro hacia el lector.

Se diría que lo que este panorama expresa es una profundización de la concepción de la lectura como acto y acontecimiento de naturaleza performativa, es decir, productiva e inventiva –de la literatura y de la subjetividad. Por eso quizás todos los artículos estén de un modo u otro atravesados por la pregunta que hace ya más de medio siglo reunió a Sartre y Ricardou: ¿qué puede la literatura? Sólo que, a esta altura, la idea de que la literatura es algo que se produce durante la lectura supone que tal interrogante sea equivalente a este otro: ¿qué puede la lectura?

En este marco, parece lógico que los artículos que siguen estén inquietados por la dimensión ética de la lectura y el modo en que se articula tanto a la práctica de la crítica como a la de la enseñanza. El interrogante por lo que la lectura puede es también el interrogante por lo que la crítica y la enseñanza pueden.

También parece deducirse, si se siguen de cerca los textos que componen este libro, que si bien la teoría de la lectura se despliega en su heterogeneidad y sobredeterminación, es decir, que cada trabajo en particular se inquieta por alguno de los estados de la lectura (su materialidad, sus modalidades prácticas, su carácter subjetivante, su fenomenología, etc.), parece perfilarse el privilegio de un estado en particular: el de la escritura, lo que Alain Trouvé insiste en llamar la contra-palabra.

Posiblemente porque los dispositivos técnicos han facilitado la percepción de que la lectura es un acto, pero fundamentalmente porque una extensa historia de desarrollo de la teoría de la lectura avanza en esa di-

rección, lo que parece percibirse como una constatación epistemología de la teoría literaria y, por tanto, como un hecho con consecuencias éticas y metodológicas para nuestras prácticas académicas, es que la lectura en todos sus estados está atravesada esencialmente por la escritura.

La escritura es el estado fundamental de la lectura. Esta constatación, que podría parecer sencilla, reconfigura todo el campo de los estudios literarios si es tomada seriamente, si –como decía Picard– se la aborda de frente. De un modo u otro, es lo que hacen los ensayos que siguen para indagar qué puede hoy la literatura.

Referencias

Picard, M. (1987). Présentation. En Michel Picard (comp.) *La lecture littéraire* (pp. 9-14). Reims: L'improviste.

(1994). Introduction. En Michel Picard (comp.) *Comment la littérature agit-elle?* (pp. 7-16). Paris: Klincksieck.

Ricardou, J. (1965). Intervention. En Yves Buin (comp.) *Que peut la littérature?* (pp. 49-62). Paris: Union Générale d'Éditions.

(1982). Les leçons de l'écrit. En Lucien Dällenbach y Jean Ricardou (dir.) *Problèmes actuels de la lecture* (pp. 9-22). Paris: Clancier-Guénau.

Trouvé, A. (2019). Présentation. En Alain Trouvé (ed.) *La lecture littéraire dans tous ses états*. Reims: L'improviste.